



para atender á la subsistencia de los ejércitos y hasta por la de palacio, á apelar á recursos extraordinarios, que desagradaron á la vez como tributo y como novedad. Cabarrus, el fundador del banco de San Carlos y de la compañía de Filipinas bajo Carlos III, era el ministro de Hacienda. Espíritu arbitrista, pero poco sólido é irreflexivo, contribuyó no poco con sus concepciones á fomentar el enojo de los pueblos. Principió á exacerbarse con los empréstitos forzosos entre las personas pudientes, y lo exasperó un decreto mandando presentar al fisco la plata labrada para su acuñación en moneda: recursos ambos irritantes por lo violentos y de mezquinos resultados. El palacio y las iglesias no fueron exceptuadas de esta disposición, y se dice que del primero extrajeron cerca de ochocientas mil onzas, rumor que Toreno considera exagerado. Lo que salió de las iglesias se ignora, sabiéndose únicamente que fueron en no pequeña cantidad las preciosidades que se sacaron del rico monasterio del Escorial.

Pero estos recursos se agotaron pronto, y fué preciso idear otros ménos irritantes: entonces se crearon las *cédulas hipotecarias* (9 de Junio), nuevos documentos de crédito en sustitución de los antiguos de toda especie, que podían servir para la compra de bienes nacionales ó para adquirir inscripciones de la Deuda pública que se creaba al interés anual de 4 por 100. Disgustó este medio como todo privilegio, y para el gobierno fué de escasos resultados, porque le faltaba una garantía indispensable que estaba en poder del público: la confianza,

sin la cual nada valen las mejores concepciones financieras.

Tuvo ocasión de conocerlo cuando prohibió el curso de los antiguos vales reales en las provincias sujetas á su dominio si no llevaban un nuevo sello de su reinado. Aparte de lo inútil para el erario de semejante medida, tenía el inconveniente de someter á una prueba que no debía aventurar la confianza pública. Los pueblos, precisados á elegir entre el gobierno intruso y el nacional, optaron por éste, desapareciendo enteramente los vales en las provincias ocupadas, mientras en las demas seguían su curso ordinario.

No obstante el desengaño, tras las cédulas hipotecarias vinieron las de *demnización y recompensa*, nuevos arbitrios para salir de ahogos momentáneos, no siendo en realidad sino fuentes que se secaban apenas acabadas de nacer. Se abusó como de ordinario aumentando las emisiones; decayeron de estimación, y en breve fueron valores nominales, por los cuales, sin embargo, se veía obligado el Estado á enajenar los bienes nacionales. Y como el producto de éstos estaba destinado á la extinción de la Deuda pública, ni ésta se disminuía, ni los bienes producían, ni circulaba el papel-moneda.

Tales llegaron á ser las escaseces del erario de José, que Napoleon tuvo necesidad de enviarle de su tesoro dos millones de francos mensuales! Era la conquista de España la primera que, en vez de suministrarle gruesos tributos, se lo imponía á la Francia.

Resefiaremos ahora los sucesos que precipitaron la disolución de la junta central; sucesos que agravaron la ingrata perspectiva que entonces presentaba la guerra de España.

CAPÍTULO XXVII

Napoleon refuerza su ejército de España hasta trescientos mil hombres: expedición de José á Andalucía: entran en Jaen y Córdoba los franceses.—Sublevación de Sevilla.—Piérdese en Alcalá la Real un resto de caballería y un parque de artillería en Isnaloz.—Viene el duque de Alburquerque desde Extremadura en socorro de Andalucía.—Se repliega á la isla de León á defender la regencia.—Sevilla se entrega por capitulación.—Marcha Mertier á Extremadura.—Sabastiani se apodera de Málaga.

Resefiaremos ahora los sucesos que precipitaron la disolución de la junta central; sucesos que agravaron la ingrata perspectiva que entonces presentaba la guerra de España.

Napoleon, despues de haber sujetado al Austria, anunció solemnemente en un mensaje al senado que se presentaria á la otra parte de los Pirineos para hacer huir al leopardo inglés aterrado, dejando desamparados á los insurgentes españoles. Sin embargo, ya fuese por el pensamiento que entonces le ocupaba de dejar á la Francia un heredero que afianzase su dinastía, poniéndola bajo el amparo de otra princesa de esa misma casa de Austria, ya por no comprometer sus glorias militares en una guerra de montaña como la peninsular, que no podía decidirse en dos ó tres grandes batallas, desistió del proyecto de atravesar los Pirineos. Mas no por eso abandonó sus planes para alcanzar la apetecida conquista. Hizo pasar inmediatamente la frontera un cuerpo que tenía de reserva en Bayona, con el cual y otros refuerzos sucesivos llegó en breve el ejército

imperial en España á la inmensa fuerza de trescientos mil hombres.

Aunque Napoleon queria dirigir su primera campaña á arrojar á los ingleses de Portugal, á instancias de José, varió de plan y se encaminó á las Andalucías, en la creencia de que, dispersada la junta central, faltaria á la insurrección su foco, y se apagaría. Cuatro cuerpos se pusieron en movimiento para llevar á cabo la invasión: el 1.º, el 4.º, el 5.º y la reserva á las órdenes de Victor, Sebastiani, Mortier y Dessolles. Componían la fuerza de cincuenta y cinco mil hombres é iba á su frente el mismo José, llevando de mayor general á Soult.

El dia 19 de Enero (1810) se hallaban todos ya al pié de la famosa Sierramorena, cuya vista, al par que encendia su ánimo con la idea de conocer y morar en aquellos decantados países donde la antigüedad coloca los jardines de las Hespérides, se abatía con el recuerdo ominoso de Bailén. Para asegurar esta segunda invasión José tomó la gruta directa por Santa Cruz de Mudela, y Sabastiani se situó á la izquierda, Villanueva de los Infantes para seguir flan-



queando por Montizon, al mismo tiempo que Víctor, apostado por la derecha en Almaden del Azogue, verificaba su invasión por el camino llamado de la Plata.

No se precisaban entonces tantas precauciones. Con tal abandono había mirado la junta central hasta su propia seguridad que, después de año y medio de guerra, ni se había fortificado con reductos y cortaduras aquella muralla natural de los ásperos montes Marianos, ni á su espalda se habían construido plazas fuertes, ni formado un campo atrincherado en Bailén. En todo esto se había pensado, pero sin intentar cosa alguna. Por otra parte, la fuerza que defendía el paso no eran más que veinticinco mil hombres, mal reglados, sin espíritu de cuerpo y faltos de confianza en sus jefes, eran los residuos de la dispersión de Ocaña. Correspondieron los sucesos á tales precedentes y circunstancias. El día 20 todas las columnas francesas se pusieron en marcha para atravesar la temida barrera, que fué obra de pocas horas. Dessolles forzó el paso del Puerto del Rey, mal defendido por la división de Giron; Gazan al mismo tiempo cruzó el del Muradal; y yendo ambos á juntarse en las Correderas á espaldas de un atrincheramiento que habían los españoles levantado en el collado de los Jardines, los precisó á retirarse presurosamente dejando espedito á José el paso de Despeñaperros. Las tres minas que se habían escavado en esta calzada reventaron sin causar considerable destrozo; con lo cual creció el desaliento, y se precipitó la retirada de los españoles, por haberse fundado en ellas excesivas esperanzas. La retirada se convirtió luego en dispersión general, perdiendo quince piezas de artillería y bastantes prisioneros. El general en jefe, que era todavía Areizaga, corrió con algunos oficiales á cubrirse con la corriente del Guadalquivir, y entre tanto los franceses plantaban su cuartel general en Andújar.

Allí concurrió Víctor con las fuerzas que habían tomado el camino de la Plata, el cual atravesaron sin tener que hacer grandes esfuerzos para vencer la resistencia de las divisiones de Zerain y Copons.

El cuerpo de Sebastiani encontró más orde-

nada y enérgica defensa en las alturas que ocupaban las tropas de Vigodet, antes de Montizon. Inferiores en número, las defendieron bizarramente por espacio de dos horas, y también emprendieron con mesurado paso la retirada; pero el terror de un cuerpo de caballería se difundió luego por la división, y en breve no fué toda ella más que un montón de dispersas arenas. Los vencedores, prosiguiendo su marcha, tropezaron cerca de Arquillos con la gente de Castejon, á quien hizo prisionera con casi toda su gente.

Salvada estaba ya completamente por los franceses la terrible cordillera y con bien poco sacrificio, al paso que nosotros habíamos perdido en los choques y en la dispersión cerca de seis mil hombres con los pertrechos que se habían conservado de la rota de Ocaña. Ufano con tan felices augurios, José mandó á Sebastiani cruzar el Guadalquivir para caer sobre Jaen y perseguir las reliquias de nuestro ejército, en tanto que él extendía hasta Córdoba su línea. Una y otra ciudad, desamparadas de todo auxilio, les abrieron sus puertas.

Sembraron estas tristes nuevas la alarma y la confusión en Sevilla. Los miembros de la central, que no habían salido todavía para la isla de Leon en virtud del decreto del 15, se apresuraron á partir, algunos con gran peligro de perecer á manos de la muchedumbre irritada. Aprovecháronse de su ausencia los que contra la junta conspiraban, y estalló el 24 un tumulto violento, en medio del cual la junta provincial de Sevilla se erigió en suprema de la nación. Palafox y Montijo salieron de la prisión para tomar en ella un asiento.

Agregáronse también otras personas, con todas las cuales se constituyó una junta militar, encargada más especialmente de dirigir las operaciones de la guerra. Sus primeras disposiciones fueron nombrar al marqués de la Romana general del ejército de la izquierda, que mandaba el duque del Parque; enviar á éste á Cataluña, y traer de allí á Blake para ponerse al frente de las desbaratadas tropas del centro.

Pronto puso término á aquella agitación de mal origen la aproximación de los franceses,

ante quienes no se mostraron los conspiradores tan ardorosos.

Sebastiani, continuando su avance desde Jaen, dió en Alcalá la Real con un trozo de mil quinientos caballos que á las órdenes de Freire habían logrado salvarse de la dispersión de Sierra-Morena. Desamparados de infantería é inferiores en número, pudieron apenas resistir los primeros ataques del enemigo, quedando en gran parte prisioneros (27). Un parque de artillería que teníamos en Andújar, y que, al aproximarse allí José, había tomado el camino de Guadix, tampoco pudo resistirse al ser acometido en Isnalloz por la caballería ligera de Peyremont.

Quedó con ambas pérdidas consumada la derrota de nuestro ejército, y lo bastante quebrantado el ánimo de los moradores de Granada para ceder á los consejos, prudentes y tímidos de algunos, pero egoístas de otros, que los disuadían de una temerosa resistencia. El clero allí, como en Córdoba, y como en casi todas las Andalucías, se señaló entonces por su porte agasajador con los invasores.

José en tanto había avanzado también de Córdoba á Sevilla sin tropezar con obstáculo ninguno hasta las inmediaciones de Ecija, donde le salió al encuentro el ejército de Albuquerque.

Este intrépido general, apenas tuvo en Extremadura aviso de la invasión de Andalucía, voló á ella desde las riberas del Guadiana con sólo ocho mil hombres de que podía disponer, con ánimo de entretener, ya que impedir era imposible, la marcha de fuerzas tan superiores. Cruzó el Guadalquivir en Cantillana, y fué á interceptar en Carmona el camino que llevaba José: pero sabedor de que éste ó Soult, que era quien dirigía los movimientos, al encontrarse en Ecija con sus guerrillas, destacaba una división por su izquierda para cortar la retirada en Utrera, se replegó á Jerez aceleradamente y de allí á la isla de Leon para defender hasta el último extremo aquel refugio de la suprema autoridad del Estado.

No le siguieron por entonces los franceses, ansiosos de entrar en Sevilla, atraídos por el ruido de su nombre y por sus riquezas. Pre-



sentóse Víctor á su vista, y hallándola guarnecida por tres líneas, disponiase á combatirla, cuando se le presentaron parlamentarios. La nueva junta había huido; el recinto no tenía los cincuenta mil hombres que necesitaba para ser defendido, y faltaba sobre todo el entusiasmo y la unión, acabados de perder con los recientes sucesos. Víctor se negó á la condición de convocar á Córtes, que aquéllos le pusieron; pero accedió á los artículos en que se le pedía que fuesen respetados el vecindario y la guarnición en sus personas, fortuna y opiniones, promesa que tardó poco en ser quebrantada.

En virtud de esta capitulación entraron los franceses en Sevilla, ciudad que había crecido en nombradía con ser asiento de la junta central desde la retirada de Aranjuez. Ganaron en ella cuanto en sus fábricas y establecimientos públicos había dejado la incuria de la central: doscientos cañones de su magnífica maestranza, fusiles, tabacos, azogues, caudales, formando todo un riquísimo botín.

Víctor, despreciando á la corta guarnición que se había retirado en la noche anterior á su entrada hácia el condado de Niebla, continuó la marcha en pos de la junta central. Llegó el 5 de Febrero á la vista de Cádiz; más como hallase á Albuquerque cubriendo la plaza, fué forzoso aguardar aumento de fuerzas estableciendo entre tanto el bloqueo.

Previendo que sería aquel último baluarte defendido con tesón, salió de Sevilla Mortier con objeto de arrastrar fuerzas en pos de sí, llamar á otras partes la atención, guardar las puertas de Andalucía por la parte más temible, que era la de Extremadura, tan pronto llegó á incorporarse á aquel ejército, el segundo cuerpo á las órdenes del general Reynier. Osó acercarse á Badajoz; pero desechadas las intimaciones que le hizo, fué á llenar su destino situándose en Llerena, que está al pié de la cordillera que separa á Extremadura de Andalucía.

Entretanto otra expedición partía también con Sebastiani desde Granada contra Málaga. Alborotada esta ciudad por el coronel Abello, más revolucionario que militar, amenazaba extender el fuego de la insurrección por la costa,



aunque las tropelías, los impuestos y las persecuciones arredraron á muchos de comprometerse. El francés se presentó delante de ella el 5, por el camino de Antequera. Numerosa era la gente que se ofrecía á su vista para rechazarle; pero desapareció como menudas pajas á la primera arremetida. Juntos entraron en la ciudad, vencidos y vencedores, continuando el fuego hasta el día siguiente en medio del pillaje y de las violaciones. Dueño Sebastiani de la población, le impuso una contribucion de doce millones de reales, además de los cincuenta mil duros que los revoltosos habian exigido al duque de Osuna y que él llegó á tiempo de coger.

En la defensa de Andalucía se advierte claramente la falta absoluta de un poder supremo que una y dirija los esfuerzos individuales. En Granada, en Málaga y en otros pueblos, la multitud se manifestó resuelta á defender sus hogares, y sólo faltó una autoridad de prestigio y un hombre de talento que supiese utilizar el ardoroso impulso de aquellos corazones meridionales. La junta central, llena de aturdimiento á la aproximacion del enemigo, abandonó su puesto dejándolo todo en la mayor consternacion y anarquía, y las autoridades, que al pronto se abrogaron el poder, ó se entretuvieron en dar satisfaccion á mezquinos resentimientos ó ya no pudieron contrarrestar el torrente de la invasion. Uno de los cargos más graves que debe hacerle la historia es, que mientras malgastó inmensos caudales en la fortificacion de Sevilla sin ser punto defendible, miró con la más indisculpable indiferencia el de la isla gaditana, naturalmente indicada, en la posicion que habia escogido, como último baluarte de la independencia española. La regencia que la sus-

tituyó, congregada en aquellos días de azoramiento general, sin hechos que la autorizasen, sin conocimiento de los negocios, sin datos y sin elementos, no podia llenar la falta que sentia por todos, en el sitio en que arreciaba el peligro, de un poder que naciese vigoroso y respetado. Este fué el origen de la nueva junta de Cádiz que tanto ruido hizo luego.

El ayuntamiento, asintiendo á la peticion de un gran número de vecinos, abolió la junta de defensa y acordó el nombramiento de otra en la forma que más fuerza moral podia darle; la eleccion popular, aunque indirecta. Hizose por barrios, acudiendo cuantos quisieron á depositar en las comisarias una papeleta que contenia tres nombres; de su conjunto eligió el ayuntamiento cincuenta y cuatro personas, y éstas designaron diez y ocho de entre sí correspondiendo á igual número de barrios, para constituir la nueva junta, cuya tercera parte debia renovarse por suerte de cuatro en cuatro meses. El resultado fué completamente satisfactorio: al lado del capitalista se vió al artesano, y junto al sacerdote el militar; todos de lo más señalado que habia en Cádiz por su patriotismo, su energia, sus luces, su riqueza ó su probidad. Corriendo los días se le achacaron altas pretensiones y menguadas flaquezas en el manejo de las rentas del Estado que se le confió; pero lo cierto es que los difamadores enmudecieron ante la presentacion de las cuentas, y que á ella se debió únicamente la heroica defensa que opuso á los orgullosos invasores aquella ciudad, la primera, como veremos, de aquellas tierras, que supo detenerlos en su marcha, y con su heroica resistencia reanimar el espíritu nacional, entonces bastante quebrantado.

CAPITULO XXVIII

Aragon, Navarra, Valencia y Cataluña: Suchet sale de Aragon á apaciguar la Navarra, agitada por Mina el estudiante: cae prisionero.—Expedicion á Valencia: tropelías de Caro: retirase Suchet sin hostilizar á Valencia.—Blake abandona el mando de Cataluña, que recae en don Enrique Odonnell: acciones de Moyá y Vich: Augereau socorre á Barcelona: Duhesme, batido en Santa Perpétua y Mollet, es separado del mando, sustituyéndole Mathieu: Augereau se sitúa en Barcelona, y se retira á Tarragona el ejército español: choques de Villafranca y Esparraguera: defensa y evacuacion de Hostalrich: sucede á Augereau Macdonald en el mando de Cataluña.—Sitio de Lérida: derrota de Odonnell en Margalef: bizarra defensa y rendicion de los leridanos.—Pérdida de Mequinenza y de Morella.—Asturias: Bonnet penetra hasta Oviedo: el general Arce abandona el Principado dejando restablecida la junta general: con un socorro de fuerzas de Galicia es momentáneamente recuperada Oviedo.—Brillante defensa de Astorga.

José, al emprender su expedicion á Andalucía, dió orden á sus generales para activar las operaciones, á fin de entretener en todas partes á nuestro ejército y á las provincias en su propia seguridad. Receloso particularmente del reino de Valencia, que libre de sus tropas podria enviar por su flanco algunas fuerzas contra él, impidiendo al ménos la rapidez de la accion, dió orden al general de Aragon, Suchet, para conducir allí una expedicion.

Antes de partir á ella tuvo que acudir á socorrer la Navarra, terriblemente agitada. Oprimida esta provincia durante la primera campaña con el peso de los ejércitos franceses, hubiérase dicho, á juzgar por su aparente tranquilidad, que miraba impassible la contienda empeñada, recordando los lazos que en lo antiguo la habian unido á una y otra monarquía. Pero así que empezó la lucha de guerrillas fué

Navarra una de las provincias que más viva y constantemente interesaron la atencion, así del país como de los franceses. Descollando entre los varios partidarios que allí se presentaron, el estudiante Mina, él vino á ser en breve por su genio audaz, activo y severo, una de las mejores esperanzas de los patriotas y el terror de los enemigos. Llegó el caso de que ninguna columna se atreviese á cruzar el país sino en grande fuerza, y de que no pudiesen transitar por él los correos ni francés alguno, quedando reducido el dominio enemigo al alcance del cañon de Pamplona. Voló su nombre de uno á otro confin del reino, y la junta central, así para alentar su patriotismo como para estimularle en su afan de organizar militarmente su partida, en lo cual se distinguía de los demas guerrilleros, le regaló una bandera. Entusiasmóle, en efecto, el presente, é hizose á los fran-